



www.loqueleo.com/es

© 2005, Pedro Sorela

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-222-4

Depósito legal: M-36.503-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: noviembre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Cambio de amigos

Pedro Sorela

Ilustración de cubierta

de José Ignacio Molano. MOL

loqueleg

La casa fuera de su sitio

Una vez cambiaron mi casa de sitio. Regresamos a Madrid después de cuatro años en Barcelona y me habían cambiado la casa, la casa de cuando era niño, hasta el punto de que la única en reconocerla fue Llama, mi perra, que se puso a ladrar y batir la cola de puro contento.

Y no sé de qué se alegraba, la verdad: en el parque de enfrente, donde jugábamos de niños, habían construido edificios, y todos iguales. En la tienda de las pipas y los tebeos de *Mortadelo* y *Filemón* habían puesto un banco. Y la calle olía a pizza, y eso que la pizzería estaba en la calle de al lado. Esa no era mi casa, y esa calle no era tampoco la de mis recuerdos.

Esa noche, cuando todavía no habíamos abierto las maletas del todo y cenábamos bocadillos de salchichón y queso alrededor de una caja de empaque, le pregunté a mi padre:

—Oye, papá, ¿todo Madrid es así?

Mi padre me miró sorprendido:

—¿Cómo?, ¿ya no te acuerdas? Si tú naciste aquí.

Yo miré por las ventanas, todavía sin cortinas, y vi la nueva ciudad de edificios iguales recortándose en el cielo azul profundo de Madrid justo antes de que la noche lo pinte de negro.

8 —Sí, nació aquí..., pero lo han cambiado.

Mis padres se miraron como se miran los padres cuando parecen saber algo que uno no sabe.

—Bueno, no todo Madrid es así. Está el paseo del Prado, y el Retiro, y la Casa de Campo, y la Gran Vía... —Y me pareció que decía Gran Vía como si ya no fuese tan grande.

—Sí, pero lo demás... ¿es igual a esto? —Y por esto me refería a los edificios en los parques, a los bancos donde antes estaban los quioscos de pipas, a la calle oliendo a pizza. Me gusta la pizza, pero así no.

Mi padre se concentró en su bocadillo, lo subió hacia su boca como si lo fuese a morder, se lo pensó mejor, lo bajó y entonces reconoció:

—Pues sí; es más o menos así.

Se hizo un silencio solo interrumpido por mi hermana Belén al morder una patata frita.

Habíamos vivido en Barcelona hasta ese mismo día por la mañana, durante los últimos cuatro años, y la verdad, no había pasado ni una noche en Madrid y ya la estaba echando de menos. Echaba de menos a mis amigos, claro, y las ensaimadas y la sobrasada, y echaba de menos a Águeda, aunque eso no se lo hubiese reconocido ni a ella.

9

—¿Que te vas a Madrid? —había preguntado Águeda en su última visita a Barcelona (pues estudiaba en Londres). Y no dijo nada, pero yo pensaba lo mismo que se le veía en los ojos. Ya me veía discutiendo con todo el mundo, los lunes por la mañana, para defender al Espanyol, el club del que me hice cuando dejé de ser del Barça. Porque en Madrid casi todo el mundo es del Real Madrid, claro, un equipo que si no fuese por todo el dinero que tiene...

Pero es que además no había chicas como Águeda en Madrid. La prueba fue la chica que salió del portal de mi edificio cuando yo me disponía a entrar con una de las maletas grandes. Me detuve en la acera y le quise ceder el paso. Pero ella sujetó la puerta y me dijo a mí que pasara. Aunque yo insistí:

—Pasa tú.

—No, pasa tú.

—No, pasa tú —dije de nuevo.

—Ajj —dijo ella, impacientándose y salió, y ni siquiera se volvió a comprobar si yo podía sujetar la puerta, con maleta y todo. Primero la quería sujetar para que yo pasase, y después le daba igual si la
10 puerta se nos caía encima y nos aplastaba.

Jopé con las madrileñas. Esta tenía el pelo negro sujeto en una trenza negra, una mirada oscura, vaqueros ¡de color verde, por favor! y zapatillas del año pasado.

Lo único que me consolaba de mi regreso a Madrid era volver a mi antiguo colegio. Guardaba de él un recuerdo estupendo, y de mis antiguos compañeros, Ramón y Fernando, a quienes tenía ganas de ver: ¿serían del Madrid? Seguro que lo serían.

El colegio empezaba en quince días, y se me iban a hacer muy largos.

Y eso que para entonces ni siquiera sabía que el colegio también había desaparecido.

Paf

Nada más terminar de cenar papá dijo que bajaba un momento al coche y al cabo de dos momentos apareció con un gato.

—Se llama Paf —nos dijo.

—¿P... Paz? —pregunté yo.

—No, Paf —dijo papá—. Paf como el porrazo que me di contra la puerta de cristal que no había visto. Cuando me rompí la nariz.

Es cierto; por eso mi padre tiene una nariz un poco rara, con rayas en los lados.

—Pero ¿y Llama? —preguntó Belén, alarmada—. ¿Qué pasa con Llama?

Llama es nuestra perra, y como su nombre indica es una setter irlandés de color fuego. Por eso, cuando en la casa de los abuelos se acuesta a dormir al pie de la chimenea, parece que un leño encendido ha rodado hasta la alfombra.

—No pasará nada —nos tranquilizó papá, que sabe mucho de animales—. Perros y gatos son enemigos solo si llegan el uno después del otro. Si llegan al mismo tiempo, se reparten la casa, por así decir, y aceptan vivir juntos. Se harán amigos, ya veréis.

Tanto como amigos... Lo cierto es que, aunque parecía que reconocía su antigua casa, Llama tardó en situarse. Iba de un cuarto al otro como para comprobar que en efecto estábamos todos. Que nadie se había quedado en Barcelona.

Y para cuando quiso darse cuenta, Paf, que no se había tenido que ocupar de nadie, ya había elegido un sitio junto a la calefacción de la sala y una ventana para salir de expedición. Desde el principio decidió que no necesitaba ningún permiso de mamá para salir de juerga por la noche. Y nadie lo podría echar de allí, y menos que nadie una pobre perra juguetona y despistada, como Llama, que me pregunto qué hará cuando entren ladrones en casa; seguro que ladra..., pero para darles la bienvenida.

Aunque es una perra de caza, que en el campo se vuelve loca con las codornices y los conejos, al principio a Llama le costaba decidirse a salir a la calle, como si no conociese el barrio.

—Te entiendo muy bien —le dije mientras le acariciaba su sedoso pelo rojo—. Yo tampoco reconozco el barrio, con todos esos edificios en el terreno donde jugábamos antes. —Y yo tampoco quería salir solo a la calle.

Llama no tuvo en cambio dificultad para darse cuenta de la situación. Nunca le ladró al gato. Paf, por su parte, ni la miraba. Ambos hacían como si el otro no existiera. ¿Era eso ser amigos?

—¡Qué ganas tengo de que empiece el colegio! —dije un día, lo cual da una idea de hasta dónde llegaba mi desesperación.

Aunque, bien pensado, esto que acabo de decir no es cierto: a mí siempre me ha gustado el colegio. Incluso cuando me tocó con Mil Ajos, que era una señorita que cuando hablaba te envolvía en un olor a ajo que luego no te quitabas ni con Ajax (Ajax viene de ajo y fue lo que inventaron para quitarse el olor a ajo). El colegio me gustaba incluso cuando llegamos a Barcelona y tardé varias semanas en saber lo que decían si hablaban en catalán. En el colegio conocí siempre a mis amigos...

Entonces mis padres volvieron a poner la mirada de saber lo que los otros no saben. Esa misma en la

que el uno parece decir: «Habla tú», y el otro: «No, habla tú».

14 —Verás —me dijo mi padre, y solo con ese tonito ya me di cuenta de que iba a recibir una de esas noticias que... Como cuando te dicen que durante el verano tendrás que estudiar todos los días tres horas de matemáticas. O que durante dos años vas a tener que compartir tu habitación con un primo tonto. O que la televisión se ha roto y no podrás ver el último Barça-Madrid en el que se juega el campeonato...

En fin, una de esas noticias que te cambian la vida.